

EL GALLO.—LA GALLINA.

El Gallo sobre el campanario.—La Salutación Angélica.—La oración de la mañana.—La predicación evangélica.—La gracia.—Pedro oye cantar al Gallo.—La Gallina, imagen de Jesucristo y de la Iglesia.—María.

CUAL es el campesino que no desea ver en lo más alto del campanario de su Iglesia al gallardísimo Gallo que está en la cruz? Se levanta sobre ella para llamar mejor á los fieles á fin de que se congreguen en el lugar de la oración, y está dispuesto comunmente en forma de veleta para volverse á todo viento y como para dirigir su voz á todas las regiones de la aldea. Verdad es que este Gallo no canta, pero bajo sus piés está la campana, á quien simboliza, y cuya voz viene á reemplazar la suya; y mientras que en los ángulos de las casas todos los gallos del contorno anuncian á competencia el despuntar del día, también la campana, mucho más sonora que todos ellos, hace que resuene á lo lejos el cántico matinal de la Salutación Angélica.

II

El canto del Gallo nos llama á la oración, especialmente el de por la mañana, porque desde el primer momento en que despertamos, debemos elevar nuestros corazones al Señor, diciéndole con David: "¡Dios mío, Dios mío! yo velo esperando en Vos desde que aparece la luz. *Deus, Deus meus ad te de luce vigilo.*"¹

Explicando San Ambrosio este pensamiento en uno de sus más hermosos himnos, celebra al mismo tiempo los beneficios de que nosotros somos deudores al vigilante cantor que despierta á la naturaleza.

"¡Creador eterno de todas las cosas! Tú que has dispuesto las noches

¹ Ps. LXII, 2.

"y los días y que has arreglado la medida de los tiempos para hacerlos distintos... hé aquí que el heraldo de la mañana hace escuchar su voz anunciándonos la claridad del día. Su canto despierta al lucero de la mañana, que disipando las tinieblas de la noche, ahuyenta la multitud de malhechores, vuelve su valor al marinero y apacigua las olas del mar, excita al arrepentimiento á la Piedra sobre la cual está fundada la Iglesia."

"¡Alerta, y todos en pie...! El Gallo hace que se levanten los que yacen tendidos en la tierra, acusa á los que duermen y condena á los que niegan."

"Al canto del Gallo renace la esperanza, los enfermos recobran la salud, el malhechor oculta su puñal, y la fé renace en los que han caído."

Este pomposo elogio del Gallo nos va á ayudar para esclarecer con más facilidad los diferentes símbolos que encierra.

III

Fijemos nuestra atención desde luego en las diversas palabras que en varias de sus epístolas dirigía el Apóstol San Pablo á los primeros fieles. "La noche ha precedido y ahora se acerca el día... Ya es hora de sacar el sueño... Levantaos los que estais durmiendo y os iluminará Jesucristo. Despertad; oh justos! y no pequeis más."

Y estas palabras; no son como el canto del Gallo que en la mañana de la redención humana resonó en la Iglesia por todas partes? Los Apóstoles y sus legítimos sucesores las repiten, y desde entónces, de edad en edad, se han seguido repitiendo por todos aquellos que predicán el Evangelio; así es, que no hay ciudad, ni aldea, ni región alguna por bárbara que sea ó por lejana que se encuentre, donde el Obispo, el sacerdote ó el misionero no hayan proclamado en alta voz que las tinieblas han huido y que la luz se ha hecho. El canto del Gallo resuena en los pulpitos cristianos.

"¿No es Dios—dice el Santo Job—el que da al Gallo la inteligencia?" "No—prosigue diciendo San Gregorio—no á el ave matinal que anuncia con sus cantos el albor del día, sino á los predicadores de la divina palabra de quienes el Gallo es la figura."²

"Mientras más obscura es la noche—continúa el mismo Santo—los cantos del Gallo son más vibrantes; mas á medida que el día va apareciendo, bajan de tono y se dulcifican."

Así también, cuando las almas de los fieles están envueltas en las tinieblas, entónces es cuando el Apóstol, levantando la voz, debe hacer que penetren hasta el fondo de sus corazones las amenazas estruendosas de la justicia de Dios. Y al contrario, cuando la divina luz comienza á esclarecer nuestros espíritus, la palabra evangélica se dulcifica, y al temor de las amenazas contrapone las esperanzas del cielo."

¹ Rom. XIII, 12.

² Greg. Moral. XXX, 3.

IV

¿No es todavía la predicación de la palabra evangélica la que nos excita y nos despierta? ¿resonando exteriormente no obra en lo interior de nuestro corazón por medio de la gracia? Bien podemos decir que esta divina gracia canta dentro de nosotros; porque ¿no es ella la que produce esa voz interior que como un canto lleno de suaves melodías nos va previniendo para no caer en las culpas? ¿y no es ella también la que nos conduce al arrepentimiento cuando hemos tenido la desgracia de cometerlas?

Jesús había dicho a su Apóstol: "Antes que el Gallo cante, tú me negarás tres veces."¹ Este Apóstol niega, en efecto, a su divino Maestro: el Gallo canta; Pedro se acuerda de la predicación y se pone a llorar amargamente.

Y qué; mientras el Gallo cantaba, el acento de la divina gracia no llegaría hasta el corazón del Apóstol? Sí, sin duda: el canto del Gallo no era más que el símbolo de aquella voz de la gracia que despertaba al Apóstol, y que abría sus ojos para derramar abundantes lágrimas.

¡Oh Dios mío! Vos no sois menos vigilante y celoso de nosotros, de lo que fuisteis en esa vez con vuestro Apóstol Pedro. Como él, ¡ay de mí! cuando hemos estado al rededor de la mesa Eucarística, como vuestro Apóstol en el Cenáculo después de una comunión bien hecha, ¡qué de promesas os hemos hecho...! mas olvidándonos en seguida como Pedro, cada vez que como él os hemos negado cometiendo la más vil traición y abandonándoos, la voz del Gallo ha venido a tocar nuestro corazón. Ese canto que no parecía haber sonado más que para Pedro, ha tenido los ecos más sonoros que han llegado hasta nosotros, que nos han despertado en la noche de la culpa y que nos han acusado de todas nuestras traiciones.... El Gallo canta para hacerse escuchar: ¿le hemos escuchado? La gracia vigilante y preventiva siempre está hablándonos: ¿le hemos prestado nuestro oído? ¡Ah! felices entonces si recordando nuestras faltas no hemos endurecido nuestros corazones! ¡más felices si al momento nos hemos levantado para volvernos a nuestro divino Maestro....! ¡pero sobre todo, felices si como Pedro hemos llorado....!

V

Una sola vez se nombra a la Gallina en nuestros Santos Evangelios, y es cuando el mismo Jesucristo se dignó ocultarse bajo tan humilde símbolo.

"¡Jerusalem, Jerusalem!—le decía a esta ciudad delincuente—¡cuántas veces he querido congregar a tus hijos a mi rededor, como la Gallina reunirlos a sus polluelos bajo sus alas, y tú no has querido!"

¹ S. Mat. XXVI, 34.

¿Y por qué sorprendernos de que el Salvador se haya comparado él mismo con la Gallina? Esa ave es el símbolo del amor materno. Vedla siempre rodeada de sus polluelos yendo de uno en otro lado y volviendo su cabeza a todas partes, como para verlos a todos a la vez. No canta gozosa como el Gallo, sus cloqueos parecen más bien una llamada lastimera, para tener incesantemente a su lado a aquellos de sus hijos que se le apartan. Observemos en seguida sus afanes y cuidados para tener con qué subvenir a sus necesidades! Ella revuelve con las patas la yerba del prado para buscar y escoger el alimento que mejor les conviene, y parece completamente feliz cuando los ve contentos picoteando a su rededor. Si la intemperie de la estación le inspira algún temor por sus pequeños hijos que le son tan caros, en el instante los oculta bajo sus alas, los calienta y los protege; ó cuando desde la altura de los aires amenaza a su familia el pájaro de presa, llena de valor se levanta a defenderlos, y ya corre, ya vuela hacia su enemigo, ó lo espanta con sus gritos agudos, y el aleteo de sus alas, hasta que consigue alejarlo de sí.

"Señor, exclamaba el profeta David, dirigiéndose con anticipación a Aquel que iba a congregarse a todos los hijos de los hombres, como la gallina reúne a sus polluelos, protégeme bajo la sombra de vuestras alas."¹

"Vos habeis extendido vuestras alas en el mundo, las alas de la caridad y de la misericordia, nos dice aquí San Agustín ² "Ah! qué bien nos encontramos bajo la sombra de esas alas!... Ahí ponemos al abrigo nuestras debilidades; recobramos nuestras fuerzas, cesan nuestros peligros y llegamos a gozar de las más puras delicias. Protegednos, pues, Señor, bajo la sombra de vuestras alas."

semejante al estruendo del rayo, tiembla todo ser viviente y huye aterrado como si fuera amenazado por su Señor.

VI

En efecto, este rey feroz reina sobre todo, por el terror. Los animales le temen y esquivan su encuentro; mas él les toma la delantera. Jesucristo es para nosotros como una madre amorosa, que ha querido dividir sus maternales cuidados con aquella que escogió para esposa y que nos ha dado por madre juntamente con la Santa Iglesia. Esta Iglesia es la que San Ambrosio ³ compara a la Gallina del Evangelio, reuniendo a sus pequeños hijos bajo sus alas. Esta es también la que nos da de nuevo otros hijos, hasta que Jesucristo venga a formarse en nosotros, y ninguna madre sabrá igualarla jamás en vigilancia ni en ternura. Porque ¿quién de nosotros se enferma sin que ella sufra? ¿quién se escandaliza sin que ella se abraza? Se regocija con los que se regocijan, y llora con los que lloran. Se hace toda para todos, a fin de ganarnos a todos para su Divino Esposo. ⁴ Nunca nos alejemos de la Iglesia: su seno maternal siempre nos calienta, sus alas nos abrigan, y con su poder triunfaremos de los enemigos de nuestra alma.

¹ Ps. XVI, 8.

² S. Aug. in Ps. XVI, 8.

³ Ambr. in Luc. VII, 10.

⁴ Ad Galat. IV, 19.

VII

Y Vos también, ¡oh Divina María! Vos, á quien nos ha dado por Madre en la cruz el Divino Salvador, ¿no sois con respecto á nosotros como la Gallina del Evangelio? ¿No es á Vos á quien se dirigen con confianza los humildes y los pequeños? ¿no es bajo vuestro amparo donde vienen á refugiarse los pecadores? ¡Oh María! ¿Vos sois la reunion de todo lo bueno y de todo lo tierno! Jamás ha salido de vuestros labios ni una palabra amarga, porque vuestro noble corazón no sabe más que amarnos y compadecernos. Cuando nosotros huimos y nos alejamos, Vos nos llamais, y cuando estamos al rededor vuestro, entónces gozamos de vuestras encantadoras delicias. ¡Divina María, amorosísima Madre nuestra, nosotros venimos á refugiarnos bajo la sombra y al abrigo de vuestras alas! *Sub tuum presidium confugimus Sancta Dei Genitrix.*

EL LEON.

El rey de los animales.—Su ferocidad.—El Leon de la tribu de Judá.—Cómo duerme.—Cómo despierta.—La voz del Leon en el desierto.—San Juan Bautista.—Los Santos.—Los Apóstoles.—Los doce Leones del trono de Salomon.—La Leona, imagen de la Iglesia.—El Leon que anda en rededor nuestro.—Los judíos deicidas.—El Cordero triunfa del Leon.—David.—Sansón.—Daniel.—La miel en la garganta del Leon.—La Eucaristía explica el enigma de Sansón.

Si consideramos la belleza del Leon, la nobleza de sus formas, la majestad de su porte, el vigor y la agilidad de sus músculos, su valor en el combate y el dominio que ejerce desde luego en todos los lugares donde se presenta, merece con justicia el título de Rey de los animales.

Cuando con paso grave avanza por entre las selvas ó sobre la arena del desierto arrugando su ancha frente y sacudiendo sus flotantes melenas, se puede decir que va como midiéndolo su imperio; y si arroja su fuerte rugido semejante al estruendo del rayo, tiembla todo sér viviente y huye aterrado como si fuera amenazado por su Señor.

En efecto, este rey feroz reina, sobre todo, por el terror.

Los animales le temen y esquivan su encuentro; mas él les toma la delantera y los ataca de frente, ó valiéndose de artificios se oculta entre las tupidas malezas, atisbando el momento del tránsito de la presa que desea para saltar sobre ella, cogerla y devorarla.

Así es que el Leon ha recibido de la naturaleza, juntamente con la fuerza invencible de su poder, los instintos más crueles que le colocan en el rango de los más feroces animales.

La Sagrada Escritura nos presentará ahora bajo este mismo símbolo, dos significaciones del todo diversas.

Jesucristo, que es comparado al Cordero, por su bondad y dulzura infinitas, se nos señala en el libro del Apocalipsis por el Evangelista San Juan, en estos términos: "El Leon de la tribu de Judá ha vencido." ²

1 Act. VIII, 32.

2 Apoc. V, 5.